

LA AMBIGÜEDAD DEL LENGUAJE: PENSANDO A LEV VYGOTSKY A LA LUZ DE LA FILOSOFÍA

Ernesto Borges¹ & Edson Cáceres Zambrano²
ENSAYO

1

Es licenciado en Estudios Liberales (UNIMET). Culminó un Diplomado en Filosofía Política en la Universidad Simón Bolívar (USB), y actualmente cursa el Magíster en Pensamiento Contemporáneo: Filosofía y pensamiento político en la Universidad Diego Portales, Santiago de Chile. Sus enfoques académicos y de investigación se dirigen al área de la filosofía hermenéutica, estética y política. Ha escrito diversos artículos para la galería de arte Sala Mendoza y es cofundador del proyecto Caracas Crítica.

2

Es estudiante de Educación mención Matemáticas (Universidad de Carabobo, UC). Culminó un Diplomado en Filosofía en la Universidad de Carabobo (CENFISS-UC). Sus enfoques académicos se dirigen al área de la filosofía de las matemáticas y la ontología, junto con la filosofía política. Miembro del proyecto Caracas Crítica.

LA AMBIGÜEDAD DEL LENGUAJE: PENSANDO A LEV VYGOTSKY A LA LUZ DE LA FILOSOFÍA³

**Ambiguity of language: thinking of Lev Vygotsky
in the light of philosophy**

Ernesto Borges & Edson Cáceres Zambrano

RESUMEN:

En este artículo se abordó el lenguaje como materia de consideración filosófica a través del hilo conductor de las conclusiones psicológicas de Lev Vygotsky, deteniéndonos en la importancia del sentido lingüístico como lo característico de la ambigüedad, generando una respuesta en el ámbito de lo pragmático.

Palabras clave: Vygotsky, lenguaje, filosofía, pragmatismo, sentido, ambigüedad.

ABSTRACT:

This article addressed language as a matter of philosophical consideration through the thread leading to the psychological conclusions of Lev Vygotsky, focusing on the importance of the linguistic sense as characteristic of ambiguity, generating a pragmatic response.

Key words: Vygotsky, language, philosophy, pragmatism, sense, ambiguity.

³Recibido: 30 de abril 2023. Aceptado: 18 de agosto 2023.

INTRODUCCIÓN:

A lo largo de lo tratado en el presente ensayo nos propusimos examinar el lenguaje en la extensión de su esencia, especificando e identificando su fenómeno como si se tratase de un sistema de coordenadas, con un eje semántico, cuyos componentes son el sentido, signo y referente, y con un eje pragmático, que es lo relativo a su despliegue psicológico. Además, la articulación de nuestro análisis es soslayada por la teorética psicopedagógica del constructivista ruso Lev Vygotsky, el cual entiende el dominio del lenguaje como un elemento principal en el psicodesarrollo infantil, en las interacciones y encuentros que surgen de la subjetividad con la objetividad, mediante los procesos de socialización. Asimismo, vemos que el lenguaje se abstrae de su construcción antrópica, instrumental, en tanto prefigurador del pensamiento, estando fuera y dentro, en una relación aporética y bicondicional del sujeto del lenguaje. Concluimos en el carácter heraclítico del lenguaje cuya propiedad entitativa es el devenir, afirmando nosotros que ello es lo que se entiende como su ambigüedad, generando respuestas teóricas y prácticas, elevando de esta forma la esfera de lo lingüístico a un horizonte cardinal.

¿QUÉ ES EL LENGUAJE?

El lenguaje es un aspecto de la realidad que la historia de la filosofía ha articulado como parte de sus investigaciones racionales —desde Platón y Aristóteles, pasando por los escolásticos y los gramáticos bajo el *trivium* o artes referidas a la elocuencia, hasta el estudio de la semiótica como rama de la filosofía.

Para tener una noción de lo que se denota y representa cuando es enunciado «lenguaje», podemos figurar dos ejes, interconectados entre sí, que tienen una esencia particular, caracterizando lo que interviene en el lenguaje: por un lado, un *eje esquemático o semiótico* y, por otro, un *eje práctico o psicológico*.

Los elementos que pertenecen al eje esquemático se definen por referente, significado o sentido y signo, tal y como Frege nos lo indica:

[...] A un signo (nombre, unión de palabras, signo escrito), además de lo designado, que podría llamarse la referencia del signo, va unido lo que yo quisiera denominar el sentido del signo, en el cual se halla contenido el modo de darse. [...] Con “signo” y “nombre” he entendido cualquier designación que represente un nombre propio, cuya referencia sea, pues, un objeto determinado (tomada esta palabra en su extensión más amplia) (Frege, 1984, p. 53).

Asimismo, en el eje práctico o psicológico encontramos que el lenguaje adviene a través de los procesos psicológicos espontáneos en la interacción con el mundo en general y con nuestro contexto en particular; esto es, a lo largo de la vida, en lo individual y lo social. Spinoza nos muestra:

[...] Llamaremos “imágenes” de las cosas a las afecciones del cuerpo humano cuyas ideas nos representan los cuerpos exteriores como si nos estuvieran presentes, aunque no reproduzcan las figuras de las cosas. Y cuando el alma considere los cuerpos de esa manera, diremos que los “imagina” (Spinoza, 2009, p. 154).

Al continuar con lo mencionado, el aspecto psicológico del lenguaje cumple una función determinante que podemos atribuir al sentido, el cual es el elemento que «fuga» o «abre» la cualidad petrificadora del signo, puesto que el signo denota cosas o referentes, en él se opera una deixis. Si el signo señala a un objeto dado, el sentido atrapa al objeto de manera pluriforme o móvil.

Un soldado, por ejemplo, al ver sobre la arena las huellas de un caballo, pasará inmediatamente del pensamiento del caballo al de un jinete, y de ahí al de la guerra, etc. Pero un campesino pasará del pensamiento del caballo al de un arado, un campo, etc.; y así cada uno pasará de un pensamiento a tal o cual otro, según se haya acostumbrado a unir y concatenar las imágenes de las cosas de tal o cual manera (Spinoza, 2009, p. 156).

Como vemos, la ambigüedad del lenguaje se introduce a partir del «modo de darse» de un objeto a través de un signo. En el ejemplo anterior, el signo es la huella, el referente el caballo y el sentido son las múltiples concatenaciones de imágenes o el aspecto psicológico que implica el lenguaje, que para un soldado equivale a guerra, pero para un campesino

un campo de arado. La yuxtaposición psicológica de las imágenes o lo propio del sentido variará, estando sujeto a las cargas semánticas particulares de los individuos, que son únicas en su tipo. Asimismo, las antedichas cargas semánticas variarán, no solo de sujeto en sujeto, sino de contexto en contexto: la experiencia juega un rol central y creativo, productivo. Según el filósofo Francés Henry Lefebvre “la experiencia es activa; es actividad creadora (praxis). Produce (en el mismo momento) el objeto con la significación inmediata de dicho objeto, y el sentido que adquiere en el conjunto de la experiencia humana” (1967, p. 67). De modo que la ambigüedad del lenguaje no refiere únicamente a la yuxtaposición cambiante del sentido como un fenómeno únicamente individual o psicológico, sino que se vincula con un afuera: la materialidad del propio lenguaje. Un lenguaje que impera, domina y se bifurca en la multiplicidad del sentido.

EL LENGUAJE COMO INSTRUMENTO

Para Lev Vygotsky el lenguaje cumple una función mediadora, como una suerte de puente entre el mundo de los fenómenos internos o subjetivos y el mundo de los fenómenos externos u objetivos.

La creación y utilización de signos como método auxiliar para resolver un problema psicológico determinado es un proceso análogo a la creación y utilización de herramientas. La analogía básica entre signos y herramientas descansa en la función mediadora que caracteriza a ambos, mientras que la diferencia esencial entre signos y herramientas se relaciona con los distintos modos en que orientan la actividad humana (Carrera y Mazzarella, 2001, p. 42).

En Vygotsky, por tanto, según los autores anteriores, el lenguaje constituye un método o medio para aplicarlo en los procesos de orden psicológico; si “la unidad de pensamiento verbal se encuentra en el aspecto interno de la palabra, en su significado” (Carrera y Mazzarella, 2001, p. 42), entonces la cogitación del pensamiento es de significados: los significados tienen una instancia mediata o mediadora al pensar; el lenguaje pre-forma el pensamiento o es su materialidad constitutiva.

Siguiendo la *Ley Genética General* vygotskiana, según Wertsch por Carrera y Mazzarella:

[...] Toda función en el desarrollo cultural del niño aparece dos veces, o en dos planos. Primero aparece en el plano social y luego en el plano psicológico. Primero aparece entre la gente como una categoría interpsicológica y luego dentro del niño como una categoría intrapsicológica (43).

El lenguaje actúa en el movimiento que hace que lo interpsicológico o extrínseco sea o se vuelva intrapsicológico o intrínseco: “el aprendizaje estimula y activa una variedad de procesos mentales que afloran en el marco de la interacción con otras personas, interacción que ocurre en diversos contextos y es siempre mediada por el lenguaje” (Carrera y Mazzarella, 2001, p. 43). El lenguaje, por tanto, no indica únicamente una relación psicológica o interna sino que es una materialidad que pliega sobre las subjetividades, una materialidad que se vincula sobre los sujetos y/o crea –configura la subjetividad.

El peso y la importancia del lenguaje y de todo lo que le constituye se enmarca en el desarrollo de la cultura, que es la combinación de elementos filogenéticos (relativos al desarrollo de las funciones superiores del psiquismo humano) y ontogenéticos (relativos al desarrollo sociocultural). La diferencia entre los pueblos llamados primitivos y las sociedades avanzadas o civilizadas, se delimita porque:

[...] Paulatinamente el hombre consigue controlar sus procesos psicológicos “naturales”, [...] el artífice de este control es el signo que emergió un día en la actividad psicológica del hombre, [...] esta actividad signifiante (empleo de signos) tiene, a su vez, una historia progresiva» (Perinat, pp. 21-22).

El lenguaje, referido todo lo anterior, asume un carácter primordial como herramienta conductora del desenvolvimiento psíquico visto desde lo evolutivo como base, pero actualizándose al ser el componente mediador de la socialización: “un signo siempre es un medio que se usa con propósitos sociales, un medio de influir en otros, y sólo después se convierte en un medio de influencia en uno mismo” (Cómez y Mejía, 1992, p. 2).

EL LENGUAJE EN EL PENSAMIENTO

La relación entre el lenguaje y el pensamiento en origen y funcionamiento presenta distancias y acercamientos:

Vygotsky se refiere a las raíces genéticas del pensamiento y el lenguaje, argumentando como tesis principal que “la relación entre ambos procesos no es constante a lo largo de su desarrollo, sino variable. La relación [...] cambia durante el proceso de desarrollo tanto en cantidad como en calidad”. En consecuencia, pensamiento y lenguaje proceden de raíces genéticas independientes. Concluye además que “en la filogenia del pensamiento y el lenguaje, podemos reconocer indiscutiblemente una fase prelingüística en el desarrollo de la inteligencia y una fase preintelectual en el desarrollo del lenguaje [...]” (Cisternas y Droguett, 2014, p. 4).

Todo lo cual, correspondiendo al *eje práctico o psicológico*, anteriormente mencionado, puede entenderse según el pragmatismo como “método de reflexión cuyo propósito es esclarecer las ideas” (Peirce, 1988). El pensamiento ejerce una función práctica o pragmática cuya finalidad es resolver problemas o dudas, presentadas en la cotidianidad al sujeto, utilizando como medios los componentes del lenguaje. Las resoluciones advienen en virtud de la instrumentalización que es el lenguaje.

Es así lo anterior, además, si atendemos a que nuestro proceso abstractivo funciona por grados o niveles gnoseológicos:

[Bajo] una teoría de la estructura general del universo espiritual [...], [hay] que atenarnos a tres coordenadas, como en la geometría del espacio: sea una de estas líneas la idea de conocimiento; la segunda, la idea de voluntad, apetito intelectual; la tercera, la idea de sentimiento o afectividad. Conocimiento, voluntad y sentimiento son los tres ejes del “espacio espiritual”, las tres categorías supremas de la esencia del espíritu.

El conocer, tanto en los individuos como en los pueblos, comienza por ser un conocimiento técnico-práctico [...].

Doy como cierto, en consecuencia, que el conocimiento del hombre es, originariamente, de naturaleza práctica y técnica, y que la organización del caos en el mundo está llevada a cabo según “esquemas de acción”; es decir, que

rigurosamente hemos tallado con nuestras herramientas los primeros conceptos, y las palabras son también, originariamente, símbolos de productos, de artefactos o de instrumentos. Para decirlo con precisión, de la técnica sacó y saca las “categorías” para conocer el mundo, el entendimiento humano. [...] Así, pues, yo subentiendo que el pensar técnico constituye ya por sí una actividad espiritual superior, que no difiere esencialmente de las posteriores actividades espirituales cognoscitivas: precisamente éstas sólo pueden advenir sobre las formaciones y resultados obtenidos por el “pensamiento manual”; existe así una continuidad admirable en la evolución del espíritu. Comienza éste a propósito de la actividad práctica, técnica, sobre el mundo; y él mismo, justamente por virtud interna de las relaciones entre los resultados “prácticos”, se eleva a la actitud especulativa (Bueno, 1953, pp. 379-388).

La máxima pragmática de Peirce, aunando elementos noéticos y noemáticos, como coordinación de un sujeto gnoseológico a la multiplicidad de objetos conocidos a través del ejercicio de categorías o monemas lingüísticos, esboza lo anteriormente planteado: “consideremos qué efectos, que puedan tener concebiblemente repercusiones prácticas, concebimos que tenga el objeto de nuestra concepción. Nuestra concepción de estos efectos es la totalidad de nuestra concepción del objeto” (Peirce, 1988) o simplemente “nuestra idea de algo es nuestra idea de sus efectos sensibles” (Peirce, 1988). Lo allende y lo aquende al sujeto se vuelven unívocos en el pensamiento del mismo, pudiéndose decir que la realidad, ora la interna, ora la externa, está constituida por lenguaje. Es el panlogismo idealista prefigurado en Spinoza: “según están ordenados y concatenados en el alma los pensamientos y las ideas de las cosas, así están ordenadas y concatenadas, correlativamente, las afecciones o imágenes de las cosas en el cuerpo” (380). Idea y objeto, objeto e idea, son lo mismo, a través del instrumento lingüístico del pensamiento.

El lenguaje en el pensamiento, continuando, cumple una función móvil, entendiendo esto como su ambigüedad; que lejos de ser defectuoso —puesto que la aprehensión es una búsqueda indetenible del sentido lingüístico— enriquece al pensamiento: aparte de que lo constituye, desarrollándolo, como anteriormente referimos. Gadamer explicita nuestras anteriores aseveraciones al considerar que:

Todo el mundo sabe lo que significa tener el sentido de la lengua. Algo suena extraño, algo no es *correcto*. Es una vivencia que hacemos constantemente en las traducciones. ¿Qué familiaridad queda ahí desengañada? ¿Qué cercanía alejada? Pero eso quiere decir: ¿qué familiaridad nos lleva cuando somos los que hablamos?, ¿qué cercanía nos envuelve? Es, evidentemente, que no sólo las palabras y los giros de nuestra lengua se nos vuelven cada vez más familiares, sino también lo dicho en palabras. En este sentido, crecer dentro de una lengua significa siempre que el mundo nos es acercado y que se planta en un orden espiritual. Una y otra vez, las mismas articulaciones fundamentales que conducen nuestra comprensión del mundo son palabras. Pertenece a la familiaridad del “mundo” el que éste se intercambie en el hablar mutuo (2006, p. 120).

Con lo precedente se hace patente la naturaleza toda del lenguaje en tanto signo, sentido y referencia; a saber, no solo es utilizado, presuponiendo esta cualidad instrumental una voluntad consciente, sino que el lenguaje de antemano intercepta y preconfigura toda voluntad consciente. Tanto para Gadamer como para Martín Heidegger, somos sujetos de lenguaje, pero también estamos sujetos al lenguaje, convirtiéndose este último en un horizonte inapropiable que en su devenir configura el ser del sujeto. Es por ello que el lenguaje y la lengua materna se vuelven nuestro primer acceso o configuración de una «familiaridad» posible. El «mundo» es ya una primera familiaridad que se articula por medio del lenguaje.

Por lo cual, si el lenguaje está dentro y fuera de sí mismo a través de un sujeto, el sentido lingüístico o la ambigüedad es lo que se aproxima, como fenómeno, a determinar su esencia, la esencia del lenguaje.

No hay, por ejemplo, nada que interpretar ni nada que sutilizar en la orden terminante que exige obediencia, o en un enunciado unívoco cuyo sentido esté ya establecido. Sólo puede interpretarse aquello cuyo sentido no esté establecido, aquello, por lo tanto, que sea ambiguo, “multívoco”. Tomemos algunos ejemplos clásicos de interpretación: el vuelo de los pájaros, los oráculos, los sueños, lo representado por una imagen, una escritura enigmática. En todos estos casos tenemos algo doble: un indicar, un mostrar en una dirección que pide que se la interprete; pero, también, un ocultarse de lo mostrado en esta dirección. Lo que se puede interpretar es, pues, lo multívoco (Gadamer, 2006, p. 76).

EL LENGUAJE COMO DEVENIR

Las aproximaciones sobre la movilidad y multivocidad en el lenguaje fueron planteadas por Platón, tal y como se lee en su diálogo Cratilo:

Sócrates: si es posible conocer las cosas por sus nombres, y posible conocerlas por sí mismas, ¿cuál es el mejor y más claro de estos conocimientos? ¿Deberá estudiarse primero la imagen en sí misma; y examinar si es semejante, para pasar después a la verdad de aquello de que es imagen? ¿O deberá estudiarse primeramente la verdad misma, y después su imagen, para asegurarse si es tal como debe de ser?

[...] Qué método debe seguirse para aprender o descubrir la naturaleza de los seres, es una cuestión que quizá es superior a mis alcances y a los tuyos. Lo importante es reconocer que no es en los nombres, sino en las cosas mismas, donde es preciso buscar y estudiar las cosas.

[...] Una cosa, que estuviera siempre en movimiento, no podría ser conocida por nadie. Mientras que se aproximaba para conocerla, se haría otra y de otra naturaleza; de suerte que no podría saberse lo que es y como es. No hay inteligencia que pueda conocer el objeto que conoce, si este objeto no tiene una manera de ser determinada.

[...] Tampoco puede decirse que sea posible conocimiento alguno, mi querido Cratilo, si todas las cosas mudan sin cesar; si nada subsiste y permanece. Porque si lo que llamamos conocimiento, no cesa de ser conocimiento, entonces el conocimiento subsiste, y hay conocimiento; pero si la forma misma del conocimiento llega a mudar, entonces una forma reemplaza a otra, y no hay conocimiento; y si esta sucesión de formas no se detiene nunca, no habrá jamás conocimiento. Desde este acto no habrá, ni persona que conozca, ni cosa que sea conocida. Si, por el contrario, lo que conoce existe; si lo que es conocido existe; si lo bello existe; si el bien existe; si todos estos seres existen; no veo qué relación puedan tener todos los objetos, que acabamos de nombrar, con el flujo y el movimiento. ¿Estos objetos son, en efecto, de esta naturaleza, o son de otra, es decir, como quieren los partidarios de Heráclito y muchos otros? (469-472).

La riqueza de la búsqueda del sentido, posibilitada por la ambigüedad del lenguaje, se da por la movilidad lingüística, su flujo, su fuga, todo lo cual se remite a lo estático que es el objeto o referente y su signo, según lo planteado en el eje esquemático o semiótico. Es así que el pensamiento, al

estar estructurado por el lenguaje, y en el empleo de signos, también adquiere su propiedad de fuga.

De esta forma Platón, al mencionar a Heráclito, nos da una pista de la conclusión del tema que tratamos. Puesto que el logos 'λόγος', al ser al mismo tiempo «palabra», «discurso» y «razón», se identificaba en la filosofía heraclítica con el fuego, cuya propiedad inmanente es la de la danza. El pensamiento danzante, móvil, como un motor constante, inquieto y asombrado, con-figura el ser de las cosas, incluyendo la inteligibilidad de las mismas, tal y como dijimos más arriba, en el sentido gadameriano: el mundo nos es familiar en el hablar mutuo, en la palabra o logos 'λόγος'.

κόσμον (τόνδε), τὸν αὐτὸν ἀπάντων, οὔτε τις θεῶν, οὔτε ἀνθρώπων ἐποίησεν, ἀλλ' ἦν ἀεὶ καὶ ἔστιν καὶ ἔσται πῦρ ἀειζῶον, ἀπτόμενον μέτρα καὶ ἀποσίεννύμενον μέτρα.

Este cosmos, uno mismo para todos los seres, no lo hizo ninguno de los dioses ni de los hombres, sino que siempre ha sido, es y será fuego eternamente viviente, que se enciende según medidas y se apaga según medidas (Heráclito, fragmento 30 [traducción añadida]).

El teorema de Thomas es uno de los mayores exponentes de la importancia de lo anteriormente desarrollado, ya que “si los individuos definen una situación como real, esa situación es real en sus consecuencias” (Thomas, p. 27). Los fenómenos lingüísticos son como puntos que se ubican en el *eje semántico* y en el *eje pragmático*; su coincidencia en el sistema de coordenadas que es el lenguaje se efectúa en la praxis, positivizados en la realidad concreta.

Si nuestro pensamiento observa al mundo, incluido aquél en éste, y concluye que el mundo es mezquino, estéril; si no logra expandir conceptualmente la percepción que tiene de la realidad en su totalidad, entonces las consecuencias serán mezquinas, estériles, contraídas. A diferencia de la percepción de la mirada filosófica, que observa y atiende la totalidad de lo real con asombro y entusiasmo, capturando al mundo infinito a través del manejo de conceptos siempre distintos, siempre

perfectibles, siempre otros. Por ello, para el filósofo y su cualidad de asombro investigativo, la realidad es inagotable: sus herramientas conceptuales pluralizan, hacen inconmensurables, las materias que aborda.

REFERENCIAS:

BUENO, GUSTAVO.

Poetizar. Arbor, 1953.

CARRERA, BEATRIZ, & MAZZARELLA, CLEMEN.

“Vygotsky: enfoque sociocultural”. *Educere*, 5(13), pp. 41-44, 2001.

CISTERNAS, CARLOS, & DROGUETT, ZARAHÍ.

La relación entre lenguaje, desarrollo y aprendizaje desde la teoría sociohistórica de Vygotsky. Trabajo de investigación. 2014.

FREGE, GOTTLÖB.

Estudios sobre semántica. Barcelona: Orbis. 1984.

GADAMER, HANS-GEORG.

Estética y hermenéutica. Madrid: Tecnos. 2006.

GÓMEZ, LUIS FELIPE, & MEJÍA ARAUZ, REBECA.

Vygotsky: La perspectiva vygotskyana., 1992.

LEFEBVRE, HENRI.

Lenguaje y sociedad. Proteo, 1967.

PEIRCE, CHARLES SANDERS.

“Cómo esclarecer nuestras ideas”. En C. S. Peirce, *Charles S. Peirce. El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*. Barcelona: Crítica, pp. 200-223, 1988.

PERINAT, ADOLFO.

“La teoría histórico-cultural de Vygotsky: algunas acotaciones a su origen y su alcance”. *Revista de Historia de la Psicología*, 28(2/3), pp. 19-25, 2007.

PLATÓN.

“Cratilo”. En Platón, *Obras completas*, tomo 4. Madrid: Patricio de Azcárate. 1981.

SPINOZA, BARUCH.

Ética demostrada según el orden geométrico. Madrid: Tecnos. 2009.

THOMAS, WILLIAM.

“La definición de la situación”. CIC. *Cuadernos de Información y Comunicación* (10), pp. 27-32, 2005.